

### 3 JESUCRISTO, PRIMICIA, FUNDAMENTO Y CONSUMACIÓN DE NUESTRA ESPERANZA

#### INTUICIONES SOBRE LA PRIMACÍA DE CRISTO COMO SUJETO-AGENTE DE LA ESPERANZA CRISTIANA<sup>1</sup>

DOI: 10.22199/S07198175.2013.0002.00003

Mg. Haddy BELLO

Recibido el 21 de noviembre. Aceptado el 18 de diciembre.

#### RESUMEN

Expresiones como: Cristo “nuestra esperanza”, o “esperanza que salva” -haciendo referencia a la expresión paulina de que “nuestra salvación es en esperanza” (Spe enim salvi facti sumus. Cf. Rm 8,24)-, a muchos hace surgir la idea de que se habla de una esperanza conectada a un evento escatológico (próximo o apartado), desvinculado de la realización presente de la persona que ya está siendo salvada por dicha esperanza. El artículo, por un lado, propone una reflexión sobre la virtud teologal de la esperanza encarnada en el hoy, en viva tensión con el futuro y mediante la cual Jesucristo se vuelve: criterio hermenéutico, fundamento y consumación de la realidad creada; y, por otro lado, exhorta a pensar qué significa para la praxis cristiana, el dar razón de aquella esperanza.

**Palabras clave:** Jesucristo, Esperanza cristiana, Virtudes teologales, Antropología teológica.

---

<sup>1</sup> Artículo presentado para el seminario: “Teología de la Esperanza” del profesor Juan Noemi, Facultad de Teología, 29 de Junio de 2010.

**JESUS CHRIST, FIRST, FOUNDATION AND FULFILLMENT OF OUR HOPE**  
INTUITIONS ABOUT THE PRIMACY OF CHRIST AS A SUBJECT-AGENT  
OF CHRISTIAN HOPE.

**ABSTRACT**

Expressions like: Christ “our hope” or “Hope that saves”, referring to the Pauline expression: “in hope we were saved”, leads many to think that we speak about hope connected to an eschatological event (close to or far away from now), unrelated to the person that is already being saved by this hope. This article proposes, on the one hand, a reflection about the theological virtue of hope embodied in the present, living in tension with the future. Here Jesus becomes a hermeneutic criterion, rule, ground and consummation of created reality and, on the other hand, encourages us to think what giving reason of that Hope means for Christian praxis.

**Key words:** Jesus Christ, Christian hope, Theological virtues, Theological anthropology.

## I. Introducción

El propósito del presente artículo es compartir algunas reflexiones sobre la virtud teologal de la esperanza. Habitualmente se habla de esperanza pensando en el futuro, pero no en un sentido íntegramente cristiano, sino más bien, cosmológico, antropológico, o soteriológico, de manera independiente, como si no tuvieran relación entre sí o como si correspondieran a realidades opuestas:

### ***Esperanza cosmológica (lo que se espera desde la creación)***

Esto que se espera, puede sobrevenir de dos maneras: desde un acontecimiento externo, por ejemplo: para la astronomía *lo esperado* va a depender de los miles de años que dure el sol, de cómo se comporten los planetas, si aparecen nuevas evidencias de movimientos asteroidales no identificados, etc.; o desde un acontecimiento interno, por ejemplo: para la ecología *lo esperado* va a depender de las posibilidades de subsistencia de los diversos ecosistemas, del manejo sobre los recursos sustentables que poseemos o de cómo el hombre administre la tierra recibida.

### ***Esperanza antropológica (lo que se espera desde el hombre)***

En este tipo de esperanza se pone énfasis en lo que el hombre es capaz de alcanzar o lograr por sus propios méritos, por ejemplo: por medio de la ciencia, la técnica, la ingeniería, o incluso, el dinero. Por lo tanto, *lo esperado* es el mismo hombre, sin una mayor consideración de lo que pueda suceder después de la muerte.

### ***Esperanza soteriológica (lo que se espera del más allá)***

En este caso, *lo esperado* viene en clave escatológica y puede darse desde diversas perspectivas, por ejemplo: a partir de la auto-redención, como es la creencia de la reencarnación (sucesivas vidas que permiten avanzar hacia lo que debería ser la perfección), la propia purgación o inmolación (como creen muchos grupos fundamentalistas), desde un monoteísmo judicial (la confianza en un dios-juez que castiga o premia únicamente a partir de las

acciones personales, por tanto, se trata de un juicio –moral y directo– entre Dios y el hombre que según sus obras construye su propio destino), o también puede entenderse desde la predestinación (en que, sin importar la vida que lleve el hombre, es Dios quien decide el desenlace de cada persona).

Estos tres tipos de *esperas* por sí solas son insuficientes, pues en realidad más que llamar a la esperanza, llaman a la resignación y al conformismo, por una parte; y por otra, a un antropocentrismo desmedido, pues se entiende que siendo el mismo hombre medida de salvación del hombre, puede él alcanzar y otorgarse algo que le es imposible administrar: la salvación perfecta y eterna de Dios, en la cual redimirse, purgarse, inmortalarse, o definir un buen actuar, no significa simplemente librarse del fuego eterno del castigo, sino más bien, alcanzar la plenificación y restauración del estado más original del ser humano.

Son posturas categóricas, que van desde una espera vinculada a la inmanencia (esperanza cosmológica y antropológica), hasta una espera asociada a la trascendencia (esperanza soteriológica), pero en ninguna se percibe una mediación ni una elevación de las realidades contempladas. Falta algo que unifique aquellas dimensiones y le dé un sentido gozoso a la existencia, porque vivir no significa sobrevivir, sino vivir bien. Aquí es donde el cristianismo trae una buena noticia al mundo: esta salvación que el hombre no es capaz de donar ni a la creación ni a sí mismo, puede ser alcanzada y mediada por uno, quien es Dios y es Hombre. Uno, que en sí mismo *es* tan radicalmente, hasta el extremo, que hace posible que inmanencia y trascendencia se pertenezcan y se posean; y, de esa manera, se establezca un nexo que abra a la vida gozosa, y que a través del Amor, esta vida pueda hacerse plena y perfecta. Ese uno es Cristo, Hijo de Dios y Dios; e Hijo de hombre y hombre por excelencia:

“Un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos; luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, [...] por quien todo fue hecho; por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre” (Símbolo Niceno-Constantinopolitano)<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> DH 150.

“Un solo Cristo e Hijo”<sup>3</sup> que ya es reconocido por el apóstol Pablo como nuestra esperanza: Χριστοῦ Ἰησοῦ τῆς ἐλπίδος ἡμῶν (1 Tim 1,1). En la persona del Hijo se reconcilian las dimensiones cosmológicas, antropológicas y soteriológicas, dejando de ser estacionarias y confiriéndoles una mutua pertenencia en continuidad dinámica, actual y novedosa. En Jesucristo ya no se entiende principio-desarrollo-final como hitos separados, sino como momentos de un mismo acontecimiento. Él es la esperanza verdadera, la “Esperanza contra toda esperanza” que señala San Pablo (cf. Rom 4, 18).

## II. Jesucristo, criterio hermenéutico de la esperanza cristiana

Puesto que en la persona del Hijo se reconcilian estas tres dimensiones propuestas, podemos ver cómo resuena con mayor claridad el título de nuestro trabajo, Jesucristo como:

*Primicia: “por quien todo fue hecho”*

Jesucristo es el primero, no sólo como principio creador, sino como primer ejemplar de la Creación:

“Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación,<sup>16</sup> porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles [...],<sup>17</sup> él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia [...],<sup>19</sup> pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud,<sup>20</sup> y reconciliar por él y para él todas las cosas [...]” (Col 1, 15-20)

Lejos de un afán panteísta, lo que se quiere subrayar es que la Creación es voluntad de Dios, por tanto, gratuita iniciativa divina que da vida a partir de sí mismo, desde el Amor<sup>4</sup>. Por tanto, Dios es condición de posibilidad de

<sup>3</sup> DH 250.

<sup>4</sup> *Creatio ex amoris*, Dios crea de sí mismo, realidad mucho más personal y vital que la postulada *creatio ex nihilo*. Cf. Arteaga, A., *Creatio ex Amoris. Hacia una consideración teológica del misterio de la creación en el Concilio Vaticano II*. En: Anales de la Facultad de Teología 46(1995) 39-42.

todo lo creado, lo que no significa que todo lo creado sea Dios, sino que más bien, le pertenece a Dios.

*Fundamento antropológico de nuestra esperanza: "se hizo hombre"*

Cuando se habla de Jesucristo como fundamento antropológico, podemos vislumbrar al Hijo de dos formas:

1. Como pasado y presente del hombre. En cuanto inicio, modelo y ejemplar de todo hombre (de modo similar en que referíamos a la Creación): "Un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros" (1Cor 8, 6b), lo que en el fondo también implica asumir a Cristo como razón y principio de la praxis antropológica.
2. Como presente y futuro del hombre. En cuanto finalidad de la persona y de toda su acción, puesto que al reconocer en el Hijo el nexo entre Dios y el hombre (o entre Dios y la Historia), podemos apoyar en Él la razón y el sentido de nuestra existencia. Algo similar confiesa el apóstol Pedro, cuando al recibir el Espíritu Santo en Pentecostés, proclama: "Por eso se ha alegrado mi corazón y se ha alborozado mi lengua, y hasta mi carne reposará en la esperanza" (Hch 2,26).

Pero si las integramos, nos encontramos con una vivencia aún más rica y completa sobre la realidad finita-no-finita del ser humano.

El clamor de Job: "¿Dónde está, pues, mi esperanza? y mi felicidad ¿quién la divisa?" (17, 15), refleja la búsqueda de sentido que hace el ser humano. Y cada persona podrá descubrir la raíz y propósito de su vida, en la medida en que reconozca en Jesucristo ese presente continuo que vincula pasado, presente y futuro.

De este modo, reconoceremos a Cristo como el hombre de Esperanza por antonomasia. Es Él quien "inicia y consume la fe" (τῆς πίστεως ἀρχηγὸν καὶ τελειωτὴν Ἰησοῦν. Cf. Heb 12,2), y a su vez, la convierte en "hipóstasis de lo que se espera" ("Ἔστιν δὲ πίστις ἐλπίζομένων ὑπόστασις. Hb 11, 1). El Papa Benedicto XVI, citando a Santo Tomás, explica esta hipóstasis:

“La fe es la «sustancia» (*hipóstasis*) de lo que se espera; prueba de lo que no se ve. Tomás de Aquino<sup>5</sup>, usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: la fe es un *habitus*, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. Así pues, el concepto de «sustancia» queda modificado en el sentido de que por la fe [...] ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta «realidad» que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no «aparece»), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma”<sup>6</sup>.

En el vínculo sustancial fe-esperanza, podemos afirmar que Cristo sí tuvo esperanza “respecto de algunas cosas que todavía no había alcanzado”<sup>7</sup>, porque, a pesar de su Sabiduría divina, “no poseía todavía de forma plena todo lo que pertenecía a su perfección, por ejemplo la, inmortalidad y la gloria del cuerpo, que podía esperar”.<sup>8</sup> Por tanto, los cristianos y todos aquellos que creen en el Hijo de Dios (ya sea por gracia del bautismo o por gracia *semina Verbi*), participamos de la esperanza de Cristo, la llevamos en nosotros, ella nos alienta y sostiene en nuestro peregrinar y nos consuela en nuestras luchas. Jesucristo es eminentemente sujeto de Esperanza, porque en Él, y de forma novedosa, confluyen tanto el [sujeto] que espera, como [el sujeto] a quien se espera.

### *Consumación: ... “por nuestra salvación”*

El llevar a plenitud la Creación completa, tiene sentido sólo si la remitimos a su origen, o sea, si todo fue creado en Cristo y para Cristo<sup>9</sup>, la destrucción o diso-

<sup>5</sup> *Summa Theologiae*, II-II, q. 4, a. 1.

<sup>6</sup> Benedicto XVI, *Carta Encíclica Spe Salvi* (Ed. Vaticana, Roma 2007).

<sup>7</sup> *Summa Theologiae*, III, q. 7 a. 4. “*Habuit tamen spem respectu aliquorum quae nondum erat adeptus.*”

<sup>8</sup> *Summa Theologiae*, III, q. 7 a. 4. “*Non tamen adhuc plene habebat omnia quae ad eius perfectionem pertinebant, puta immortalitatem et gloriam corporis, quam poterat sperare.*”

<sup>9</sup> “Por él y para él, todas las cosas tienen en él su consistencia” (Col 1, 16-17).

lución del orden que conocemos no tendría sentido alguno. De esta manera, la relación entre consumación y salvación se mantiene íntimamente unida:

“En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, [...] <sup>9</sup>dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, <sup>10</sup>para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1, 7-10).

Por la resurrección del Hijo, primicia realizada en Jesucristo, se produce la restitución del orden cósmico original y también se retorna al orden primigenio de la estructura antropológica. El hombre vuelve al centro (Dios), que por el pecado había perdido (y por lo cual vivía en concupiscencia). Por tanto, la *recapitulación* (o poner bajo una cabeza: ἀνακεφαλαιώσασθαι), es el momento en el cual todas las cosas volverán a situarse en el lugar y orden que la divina Sabiduría les había asignado en un inicio.

En síntesis, Jesucristo se impone efectivamente como criterio hermenéutico de la esperanza cristiana, y como clave de nuestra salvación. “Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3, 17). Hay una vida *más allá* del *más acá* gracias al Hijo que nos ha salvado de la muerte, gratuitamente, y mucho antes de que pudiésemos creer en Él. En el mismo Hijo está la dinámica eterna de creación-salvación, como parte de un único proyecto divino. No cabe entonces un sentido de destrucción o de aniquilación dentro de nuestro “futuro”, sino de transformación, y del cual Jesús mismo atesta: “Os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros...” (Mt 19, 28). La palabra “regeneración”, que significa nuevo nacimiento, reproducción, renovación, restauración (a un nuevo estado prístino), o “recreación”, producto de una nueva vida consagrada a Dios; nos enseña una positiva *con-secuencia* entre lo que es y lo que será.

Otro texto que nos reitera la conciencia que Jesús tenía sobre la continuidad-discontinua del (re)encuentro que se produciría después de su muerte, no sólo con su comunidad y amigos, sino también con la Creación, lo encontramos en la liturgia de la bendición del pan en la última cena, donde afirma: “Desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que

lo beba con vosotros, *nuevo*, en el Reino de mi Padre.” (Mt 26, 29). Él beberá otra vez de la vid, lo que da a entender la presencia de un cuerpo, aunque no explicita el modo en que éste se dará. Ésta bebida será *nueva* (καινὸν), es decir, fresca, recién hecha. Y será gustada junto a sus Apóstoles (lo que repite la *con-secuencia* que se dará entre el hoy y el futuro escatológico)<sup>10</sup>.

Estas palabras, entre otros testimonios *ipsa verba lesus* y de las comunidades cristianas, inspiraron a los Apóstoles a presentar a Jesucristo como contenido y criterio hermenéutico de la esperanza cristiana: “Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria” (Col 1,27).

### III. “Jesucristo, primicia, fundamento y consumación de nuestra esperanza” ¿Qué significa?

Si Jesús-Cristo es el objeto, es aquello que un cristiano espera<sup>11</sup>, entonces, debemos:

1. Situar dicha esperanza a nivel personal, es decir, esperamos la venida y acción de una persona concreta: Nuestro Señor (es el *Maranathá* de 1 Cor 16,22), y por tanto, no debe reducirse al ámbito de lo privado, todo lo contrario, puesto que Cristo ha muerto por todos los hombres (y por todo el hombre), hay que mantener la esperanza unida a la esfera comunitaria y eclesial.
2. Entender que “la esperanza cristiana no se establece como fruto de un determinado esperar, sino que se fundamenta en la acción futura de la persona de Jesús”<sup>12</sup>; es decir, no es el hecho de que el hombre espere, sino la acción amorosa de Dios en Cristo, lo que fundamenta la obra del salvador.
3. Tener presente que la vida futura no es prolongación de la vida actual, sino transformación. Es decir, no es sumar más de lo mismo,

<sup>10</sup> Por tanto, confiamos en que las relaciones generadas en esta vida, no serán disueltas en el Reino de Dios.

<sup>11</sup> Este III punto, se desarrolla en base al texto del profesor Noemi, J., *Esperanza en busca de Inteligencia. Atisbos teológicos* (Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 2005) 102-103.

<sup>12</sup> Noemi, J., *Esperanza en busca de Inteligencia*, 102.

sino que se funda en el acontecimiento novedoso de la Pascua de Jesús: su resurrección<sup>13</sup>, como “primicia de los que durmieron” (1 Cor 15, 20ss), de esta manera, en ella hay algo nuevo y nunca antes experimentado por ninguno.

4. Reconocer en la resurrección de Jesucristo un suceso que nos afecta ópticamente, es decir, “el acontecimiento pascual de Jesús no permanece como una vicisitud histórica ajena, sino que precipita como transformación de nuestra realidad entitativa”<sup>14</sup>.
5. Afirmar que su venida es *recapitulación* (ἀνακεφαλαίωσασθαι cf. Ef 1,10), es decir: “Consumación de sentido de cada uno y de todos los hombres, en otras palabras la plena divinización del hombre”<sup>15</sup>.

#### **IV. “Jesucristo, primicia, fundamento y consumación de nuestra esperanza” ¿Qué implica para la praxis cristiana? Algunas palabras conclusivas.**

Primero que todo, implica dar razón de nuestra esperanza: “Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza”<sup>16</sup>.

Dar razón de la esperanza significa dar esperanza a la propia espera, es decir, darle un sentido y un fundamento. En nuestro caso, dicho contenido es la persona de Jesucristo, Él, el λόγος divino, es la causa de nuestra alegría y nuestra esperanza. Él nos permite iluminar la vida no sólo desde la razón, sino que con su Encarnación nos abre la posibilidad de iluminar nuestra existencia también a partir de la praxis. Por tanto, dar razón de la esperanza es ser μάρτυρας (“mártir”), dar testimonio de Cristo crucificado y resucitado, no sólo con la vida, sino en coherencia

<sup>13</sup> “El discurso neotestamentario sobre la muerte presupone un desarrollo y evolución sobre la muerte del hombre que se perfila en los escritos del Antiguo Testamento y que va de una sombría resignación ante la misma ya sea como secuela de su creaturalidad o de su pecado y culmina en una esperanza en la resurrección de los muertos.” Cf. Noemi, J., *Vida y muerte: una reflexión teológico-fundamental*. En: Revista Teología y Vida 48(2007) 41-55.

<sup>14</sup> Cf. Noemi, J., *Esperanza en busca de Inteligencia*, 103.

<sup>15</sup> Cf. Noemi, J., *Esperanza en busca de Inteligencia*, 103.

<sup>16</sup> 1 Pe 3,15: Κύριον δὲ τὸν Χριστὸν ἀγιάσατε ἐν ταῖς καρδίαις ὑμῶν, ἔτοιμοι αἰεὶ πρὸς ἀπολογία πάντι τῷ αἰτοῦντι ὑμᾶς λόγον περὶ τῆς ἐν ὑμῖν ἐλπίδος.

con la fe que hemos conocido, y que desde entonces profesamos. Y si alguien se pregunta “¿qué sucede con la libertad que se convierte a tal esperanza?, ¿qué es la libertad según la esperanza?”<sup>17</sup> Podríamos responderle que “es el sentido de mi existencia a la luz de la resurrección, es decir, reubicada en el movimiento que hemos llamado futuro de la resurrección de Cristo”<sup>18</sup>.

Y como “ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo”<sup>19</sup>, también implica examinarnos constantemente a la luz del amor: ¿En qué hechos concretos podemos dar razón de la esperanza y así hacer presente esta existencia *reubicada* por la resurrección de Cristo? Si bien la respuesta es única y personal, nos será de provecho sólo en la medida que la confrontemos con nuestra praxis actual (a nivel familiar, vocacional, eclesial, comunitario, pastoral), delante de Dios y en Jesucristo.

Este examen constante no sólo es importante eclesiológicamente, sino también lo es a todo nivel, pues “la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo”<sup>20</sup>. Lo que hacemos hoy, y que constituye parte de nuestro *presente continuo*, está en apertura hacia el futuro, lo cual se transluce en la continuidad entre el “progreso temporal” y “crecimiento del reino de Cristo” (cf. GS 39).

Para cerrar –y conforme a lo anterior–, es elemental que todo aquel que haya conocido a Jesucristo pueda dar razón de su esperanza. Así la misión<sup>21</sup> (como medio para configurar cristianamente al mundo) y la necesidad de ser testigos de nuestro tiempo, aflorarán naturalmente como parte

<sup>17</sup> Cf. Noemi, J., *Felicidad según la esperanza*. En: Revista Teología y Vida 47(2006) 209-218. El texto alude a una de las preguntas que se hacía (y respondía al mismo tiempo) Paul Ricoeur.

<sup>18</sup> Cf. Noemi, J., *Felicidad según la esperanza*, 209-218.

<sup>19</sup> Cf. Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 39.

<sup>20</sup> Cf. Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 39.

<sup>21</sup> Mt 28,19-20: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.”

fundamental de la vida cristiana<sup>22</sup>. Se ilumina así el desafío final: ayudar al hombre a tomar conciencia de que el Reino de Dios se construye hoy, y participamos en su edificación, siendo instrumentos de novedad evangélica para aquellos que todavía no gozan del conocimiento de la buena noticia de la salvación ofrecida por Jesucristo.

Esta es la tarea de quienes por el don de la fe, hemos acogido a *Jesucristo como primicia y consumación de nuestra esperanza*, convirtiéndonos, al igual que Él, en sujetos-agentes de una esperanza viva y transformadora en medio del mundo.

Mg. Haddy Bello  
Facultad de Teología Pontificia Universidad Católica de Chile  
hybello@uc.cl

---

<sup>22</sup> Esta idea también se percibe en los tres textos donde el Concilio Vaticano II refiere a 1 Pe 3, 15, en lo que se repite la fórmula: por el bautismo, todos somos constituidos en el sacerdocio real de Cristo, y por tanto, debemos dar testimonio de nuestra esperanza:

- a) *Lumen Gentium*, 10: “Los bautizados, por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo [...]. Por tanto, todos los discípulos de Cristo [...]. Deben dar testimonio de Cristo en todas partes y han de dar razón de su esperanza de la vida eterna a quienes se la pidan (cf. 1 Pe 3, 15).”
- b) *Presbyterorum Ordinis*, 2: “El Señor Jesús, [...] ha hecho que todo su Cuerpo místico participe de la unción del Espíritu con que Él estaba ungido. En Él todos los fieles quedan constituidos en sacerdocio santo y regio [...]. Por tanto, no hay ningún miembro que no tenga parte en la misión de todo el Cuerpo, sino que cada uno debe venerar a Jesús en su corazón (1 Pe 3, 15) y dar testimonio de Jesús con la inspiración profética.”
- c) *Gravissimum Educationis*, 2: “Todos los cristianos, puesto que mediante la regeneración por el agua y el Espíritu se han convertido en una criatura nueva y se llaman y son hijos de Dios, tienen derecho a la educación cristiana [...] ellos mismos, conscientes de su vocación, deben acostumbrarse no sólo a dar testimonio de su esperanza (cf. 1 Pe 3, 15), sino también a ayudar a la configuración cristiana del mundo.”

## Bibliografía

- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constituciones, Decretos y Declaraciones* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2000).
- DENZINGER, H. – HÜNERMANN, P., *Enchiridion Symbolorum Definitionum et Declarationum de Rebus Fidei et Moris* (Editorial Herder, Barcelona 2006). BIBLIA DE JERUSALÉN (Editorial Desclèe De Brouwer, Bilbao 1998).
- NESTLE, E. Y NESTLE, E. ALAND, B. Y ALAND K. (ed.), *Novum Testamentum Graece* (Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart 1993).
- BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Spe Salvi* (Ed. Vaticana, Roma 2007).
- NOEMI, J., *Esperanza en busca de Inteligencia. Atisbos teológicos* (Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 2005).
- NOEMI, J., *Vida y muerte: una reflexión teológico-fundamental*. En: Revista Teología y Vida 48(2007) 41-55.
- NOEMI, J., *Felicidad según la esperanza*. En: Revista Teología y Vida 47(2006) 209-218.
- ARTEAGA, A., *Creatio ex Amoris. Hacia una consideración teológica del misterio de la creación en el Concilio Vaticano II*. En: Anales de la Facultad de Teología 46(1995) 39-42.

